

# El amor de Dios a los santos



*Charles H. Spurgeon*

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

## **El amor de Dios a los santos**

Nº 2959

Un sermón predicado la noche del Domingo 11 de Julio de 1875 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres. (Y publicado el Jueves 26 de Octubre de 1905).

*“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros”*. —  
1 Juan 3: 16.

El verdadero amor no soporta el letargo. Es como el fuego, de una naturaleza activa; debe estar ocupado. El amor anhela la expresión; no puede quedarse callado. Ordénenle que sea inexpresivo, y le estarán quitando la vida. Y el verdadero amor no se satisface con expresarse únicamente en palabras. Es cierto que utiliza palabras, pero está dolorosamente consciente de la debilidad de esas palabras, pues el pleno significado del amor no puede comunicarse por medio del lenguaje humano. Quiebra el lomo de las palabras, y las aplasta cuando pone en ellas todo el peso de su significado. El amor debe expresarse en obras, como lo dice nuestro viejo refrán: “las acciones hablan más fuerte que las palabras”. El amor se deleita también en sacrificios; se regocija en la abnegación; y entre más costoso el sacrificio, más se complace el amor en realizarlo. El amor no ofrece lo que no le cuesta nada; el amor no teme soportar dolores, y pérdidas, y cruces: así se expresa mejor.

Este es un principio general, que no sólo es aplicable a los hombres, sino que atañe a Dios mismo; pues “Dios es amor”, y siendo amor, Él debe manifestar Su amor, y no puede quedarse satisfecho hablando simplemente de Su amor. Su amor debe manifestarse en la acción. Más que eso, Dios no habría podido descansar si no hubiera hecho el mayor sacrificio que podía hacer, es decir, entregar a Su unigénito Hijo para que muriera en lugar de los pecadores. Cuando hubo hecho eso, entonces Su amor descansó. Dios no viene a nosotros diciéndonos: “hombres y mujeres, Yo los amo; y deben



creer que Yo los amo aunque no haga nada para demostrarles Mi amor”. Él, de cierto, nos pide que creamos en Su amor, pero además nos ha dado abundantes pruebas de él; y, por eso, tiene el derecho de exigir nuestra fe en ese amor.

El apóstol del amor, que escribió el capítulo del cual hemos tomado nuestro texto, nos dice: “En esto se nos ha dado a conocer” (pues esa sería la verdadera traducción del original), “en esto hemos conocido, conocemos verdaderamente, el amor de Dios, en que él puso su vida por nosotros”. Así como nosotros descubrimos el amor de otros cuando vemos los sacrificios que están dispuestos a hacer por nosotros, lo mismo sucede con Dios mismo. Nosotros descubrimos, discernimos, percibimos, y somos llevados a conocer el amor que siente por nosotros, por el hecho de que “él puso su vida por nosotros”.

I. Primero, quiero mostrarles que HAY MUCHOS ACTOS DE DIOS EN LOS QUE SU AMOR QUEDA CLARAMENTE MANIFIESTO, PERO QUE PARA LA MAYORÍA DE LOS HOMBRES PASAN DESAPERCIBIDOS.

Hay muchos de Sus actos de los que podría decirse: “En esto es manifestado el amor de Dios”; sin embargo, muchas personas no se dan cuenta del amor que está detrás de esas acciones. Examinémonos a nosotros mismos, para ver dónde nos encontramos en relación a este tema. Muchos deberíamos haber conocido el amor de Dios a nosotros por el ambiente en el que nacimos. Me estoy dirigiendo a muchas personas que, como yo, debemos mucho a nuestro origen cristiano. Muchos de nosotros podríamos decir en verdad, en las palabras del himno de los niños:

Yo no nací, como nacen miles,  
Donde Dios no ha sido nunca conocido,  
Ni aprendí a decir una oración inútil  
Ante bloques de madera y piedra.

Pero, sin llegar al extremo de haber nacido esclavos o paganos, podría haber sucedido que nuestra niñez transcurriera en los barrios bajos de Londres. Algunos de ustedes piensan que han sido muy buenos; pero, ¿habrían sido mejores que los muchachos que pueblan nuestros

reformatorios? ¿Habrían sido mejores que las personas que abarrotan nuestras prisiones, si hubiesen tenido el mismo ambiente, sin ningún entrenamiento, que les ha tocado en suerte? Si hubieran tenido el ejemplo que ellos han tenido: si el sabor del fuerte licor les hubiese sido familiar casi desde el nacimiento; si la primera cosa que hubiesen escuchado hubiese sido una blasfemia; si hubieran convivido en la cocina con los ladrones, ¿piensan que habrían estado más libres de culpa que todos ellos? Cuando desdeñamos a otros y los despreciamos, pudiera ser que, si conociéramos todas sus tentaciones y las condiciones de su educación, llegaríamos casi a admirarlos por no ser peores de lo que son. A mucha gente le cuesta mucho ser honesta; y hay muchas mujeres en esta espantosa ciudad de Londres, de quienes nosotros tal vez pensamos mal, que, sin embargo, han sufrido casi un martirio, y que han peleado duras batallas contra la tentación. Si han caído un poco, deberían ser honradas por no haber caído más bajo.

Pero qué bendición fue para nosotros que, cuando abrimos nuestros ojos a este mundo, miramos al rostro que nos sonreía, y los labios que muy pronto nos hablaron de Jesucristo. El primer ejemplo que tuvimos fue uno que, hasta este día, hemos deseado seguir. Nuestros compañeros, desde la niñez, han sido de una naturaleza piadosa; y hay algunos, que ahora están en el cielo, que tuvieron mucho que ver con la formación de nuestro carácter, y por quienes debemos dar gracias a Dios siempre.

Ahora, si hubiésemos sido sabios, si hubiésemos entendido el significado de esta disposición llena de gracia, podríamos haber conocido, en las propias condiciones en que nacimos y fuimos educados, el amor de Dios para con nosotros; sin embargo, muchos de nosotros no lo percibimos. No me sorprendería que algunos de ustedes pensaran que fueron maltratados por haber nacido en una familia tan estricta, donde eran controlados y no se les permitía disfrutar libremente de los placeres de la vida. Muchos jóvenes han sentido, tal vez, que han sido demasiado atados a los lazos del delantal de sus madres. Veían a otros jóvenes que se la pasaban muy bien, pero ellos no podían seguirlos; sus padres, como inflexibles carceleros, siempre estaban cuidándolos estrechamente.

Esa era la forma en que muchos de nosotros lo expresábamos en los días de nuestra ignorancia; pero ahora que Dios ha abierto nuestros ojos,

podemos ver el amor de Dios en todo ello. Pero no lo veíamos en su momento; y, como regla general, los jóvenes y las jóvenes, que tienen el alto privilegio de un origen y de una educación cristianos, no conocen el amor de Dios en eso, sino que a menudo se quejan, y desearían no haber tenido que soportar lo que consideran una gran opresión.

Luego, queridos amigos, el amor de Dios puede ser visto claramente, en cuanto a todos nosotros, en que Él nos ha dado una ley sabia y juiciosa. La ley de los diez mandamientos es un don de gran bondad para los hijos de los hombres, porque nos indica la manera de vivir que es más sabia y feliz. No nos prohíbe nada sino aquello que es nocivo para nosotros, y no nos impide nada que sea un verdadero placer para nosotros. Los mandamientos que dicen: “tú harás” o “tú no harás” son como los avisos que ponen a veces en los balnearios, con las palabras: “¡Peligro! Manténganse alejados tantos metros de este lugar”. Dios no establece leyes que denieguen algo que realmente sea bueno para nosotros.

Si hay unas moras venenosas en tu jardín, le dices a tu hijo que no debe comerlas. Si es un niño inteligente, entenderá que tu amor por él te ha llevado a decirle que no coma de esas moras venenosas. Si no te importara para nada, él podría comer del veneno que quisiera; pero porque lo amas, le dices: “hijo mío, no hagas esto, y no hagas eso, porque te causará un daño, y posiblemente la muerte, si desobedeces”. Nosotros debemos ver el amor de Dios en el don de la ley, pero nadie puede hacer eso jamás mientras no haya sido guiado a ver el amor de Dios de otras maneras. Por naturaleza no podemos decir de la ley, aunque debemos hacerlo, “En esto hemos conocido el amor de Dios hacia nosotros”.

También hemos tenido abundantes manifestaciones del amor de Dios, en las diarias munificencias [\(1\)](#) de la divina providencia. Si nuestros ojos estuviesen realmente abiertos, recibiríamos cada barra de pan como una señal del cuidado de nuestro Padre, y cada gota que bebiéramos vendría como el don de la generosidad de nuestro Padre. ¿Acaso no estamos vestidos por Su amor? El aliento que inhalan nuestras fosas nasales, ¿quién lo proporciona, sino nuestro Creador? ¿Quién nos mantiene la salud, sino nuestro grandioso Benefactor? ¿Acaso no es una muestra de amor que no

estés esta noche en tu lecho de enfermo, que no estés en un manicomio, que no te encuentres al borde la tumba, ay, y que no estés en el infierno?

Nosotros somos un conglomerado de misericordias y un conglomerado de pecados; parecemos estar constituidos por una mezcla simultánea de misericordia e ingratitud. Pero si el Señor abre nuestros ojos, entonces percibiremos que somos recipientes de misericordia ilimitada, y comenzaremos a conocer Su amor; pero este no es el primer lugar en que el hombre ve el amor de Dios. La cruz es la ventana ojival desde la cual se puede ver mejor el amor de Dios; pero, mientras no se abra esa ventana, todas las dádivas de la providencia de Dios no nos convencerán de Su amor. Observen cómo la mayoría de los hombres siega la mies, pero nunca bendice al Dios que da la cosecha. Miren cómo transportan sus cargamentos hasta los graneros, y luego trillan el grano y lo envían a los mercados para su venta; pero, ¿han oído alguna vez que canten algún himno de alabanza en el mercado, cuando han traído las primicias del grano para su venta? ¿Alguna vez se han enterado de algo así? Vamos, pensarían que estábamos completamente locos si, en Mark Lane, comenzáramos a cantar a la llegada del primer cargamento del nuevo grano:

Alaben a Dios de Quien provienen todas las bendiciones.

Más bien habrá muchos allí maldiciendo porque el grano bajó de precio un centavo o dos, y posiblemente la gente pobre obtenga su pan un poco más barato. Dar gracias a Dios parece haber pasado de moda, y los filósofos nos dicen, y deberíamos saberlo, que el grano brota naturalmente, y que Dios no tiene nada que ver en el asunto. Ellos afirman que, ya sea que llueva o que brille el sol, los procesos naturales están regulados por una ley férrea que no tiene nada que ver con Dios; y prácticamente nos dejan con la implicación que Él se ha ido de vacaciones, y ha dejado que el mundo se maneje solo, o que tal vez le dio cuerda, como un reloj, y lo puso bajo Su almohada y se durmió. Esa es la religión del filósofo; y, en lo que a mí respecta, los filósofos se pueden quedar con ella, pues esa no es mi religión. Mi religión cree en el Dios de las lluvias, y en el Dios que hace brillar el sol, y en el Dios de las cosechas. Yo creo en “el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos”; y que Su nombre sea

alabado por ello. Si nuestros corazones fueran rectos con Él, deberíamos conocer “en esto” el amor de Dios, pero no lo conocemos; esa percepción nos llega a través de un vitral, esa ventana manchada de rojo por la sangre preciosa de Cristo. Allí, y únicamente allí, percibimos el amor de Dios, “en que él puso su vida por nosotros”.

## II. Esto me lleva al segundo punto, que es: EL AMOR DE CRISTO ES VISTO MEJOR EN LA DÁDIVA DE SU VIDA.

Ya he dicho que, en muchos actos de Dios, debemos ver Su amor; pero, de conformidad con el texto, nosotros “en esto” hemos conocido el amor de Dios, “en que él puso su vida por nosotros”. Es universalmente admitido que no puede haber mayor prueba de amor que una persona ponga su vida por el objeto de su amor. Todo tipo de sacrificios pueden ser aceptados como pruebas de afecto, pero la dádiva de la vida es la prueba suprema de amor, que nadie puede dudar.

Es fácil que un hombre diga que ama a su país; pero supongamos que ese hombre estuviera en la condición de Curtius (2), en la antigua fábula romana, cuando un gran brecha se abrió en el Foro, y fue declarado por el oráculo que únicamente podría ser tapada si se lanzaba dentro del Foro la cosa más preciosa que se pudiera encontrar en Roma. La historia continúa diciendo que Curtius, armado hasta los dientes y montado en su corcel, saltó al abismo, y éste se cerró instantáneamente. Bien, nadie podría dudar del amor de ese hombre por su país.

Si la pregunta fuera acerca del amor a la humanidad, tenemos la historia (la verdadera historia) de un cirujano de Marsella; y si nosotros actuáramos como él lo hizo, nadie podría dudar de nuestro amor por el prójimo. La plaga se ensañaba por toda la ciudad, y la gente moría por millares. El buen obispo permaneció entre su gente, ministrando los últimos ritos a los moribundos, y animando a los vivos; y muchos de los médicos de la ciudad, que podrían haberse marchado, se quedaron para atender a los enfermos. En una junta celebrada entre ellos, fue resuelto que se hiciera un examen post mortem de uno de los peores casos de la peste; y la pregunta era que quién lo haría, pues quienquiera que lo hiciera, ciertamente moriría de la enfermedad en un lapso de breves horas. Uno de ellos, para su honra, dijo: “mi vida no es de mayor valor que la de cualquier otro hombre; ¿por qué no

habría de sacrificarla, si al hacerlo pudiera descubrir la causa de este terrible mal, y así salvar a la ciudad?” Finalizó su horrenda tarea, escribió sus notas acerca del caso, y luego se fue a casa y murió. Nadie dudó que amara a Marsella, pues había puesto su vida por ella.

Y probablemente ustedes leyeron, el otro día, la historia del amor de una madre, que nadie podría dudar. En las recientes inundaciones desastrosas, una madre que tenía a sus dos hijitos en una cuna, subió a una colina llevándolos consigo; se acercó a un árbol, o a cualquier otro frágil refugio, con estos dos amados objetos de su amor, y los sostuvo hasta que descubrió que el apoyo al que se había aferrado, no era lo suficientemente fuerte para sostenerla a ella y a sus dos bebés; así que, colocándolos tan alto como pudo, fuera de peligro, fue tragada por las aguas y pronto se hundió. Nadie podría dudar del amor de esa madre cuando puso su vida por sus hijos. Esta es la prueba suprema de amor; aun “el abogado del diablo” no se levantaría para disputar esta verdad. Quienes pueden dar su vida por otros, seguramente deben amar a aquellos por quienes ponen sus vidas.

Ahora, nuestro Señor Jesucristo ha demostrado Su amor a los pecadores muriendo por ellos. ¿Necesitan que les narre la historia de nuevo? ¡Oh, hermanos y hermanas míos, léanla ustedes mismos; léanla a menudo! La encuentran escrita cuatro veces, pero todavía no es suficiente: la historia del Hijo de Dios, que, por nuestra causa, murió la muerte de un malhechor, clavado bárbaramente a la cruz para que diera Su sangre hasta la muerte. Lean esa historia, y vean cómo demostró Su amor por ustedes.

Pero hubo ciertos puntos acerca de la muerte de Cristo que son muy extraordinarios, y que son mejores pruebas de amor que las que acabo de mencionarles. La primera es ésta: Jesús no necesitaba morir del todo. Cuando murió el cirujano de Marsella, únicamente hizo entonces lo que debería hacer unos cuantos años más tarde. Cuando pereció la madre para salvar a sus hijos, sólo murió unas cuantas semanas, o meses, o años, antes del tiempo señalado; pues, siendo mortal, ella debía morir. Si en efecto ponemos nuestra vida por otros, realmente no estamos poniendo nuestra vida; simplemente pagamos la deuda de la naturaleza un poco antes del tiempo debido. Pero fue totalmente diferente en el caso del Señor Jesucristo. La muerte no tenía ningún poder sobre Él. Es de Él que escribe



Pablo: “el único que tiene inmortalidad”. ¿Quién habría podido, sin Su consentimiento, poner su mano sobre el Príncipe de la vida, el Hijo de Dios, y decirle: “morirás”? Nadie podría haber hecho eso; fue un acto puramente voluntario que Cristo muriera; ya no digamos morir en la cruz, sino el simple hecho de morir, fue un acto voluntario de Su parte; y, consecuentemente, una prueba muy singular de Su amor a nosotros.

Recuerden, también, que en el caso de nuestro Señor, no tenía ninguna obligación de morir por aquéllos por quienes murió. Yo puedo entender que una madre muera por sus hijos. “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre?” Puedo encontrar una razón por la que un noble ciudadano esté anuente a morir por su ciudad. Cuando los seis diputados de Calais se pusieron sogas alrededor de sus cuellos, y fueron a Eduardo III para ofrecerse a morir en lugar de sus conciudadanos, puedo entender su acción. ¿Acaso no eran los líderes de esa comunidad? ¿No ocupaban una posición de responsabilidad y honor que, si bien no les exigía exactamente ese sacrificio, sin embargo, al menos, era natural que ellos, si eran hombres de verdadero espíritu noble, lo hicieran? Pero no había tales argumentos sobre nuestro Señor Jesucristo. Cuando la reina Eleonor chupó el veneno de las heridas de su esposo, a riesgo de su propia vida, puedo entender lo que hizo. No estoy diciendo que estaba obligada a hacerlo, pero sí digo que la relación de esposa explica lo que hizo. Pero Jesucristo, el Hijo de Dios, no tenía relación con nosotros hasta que eligió asumir la relación que asumió y que brotó de Su infinita compasión. No había mayor relación entre Él y nosotros que la que hay entre el alfarero y la arcilla; y si la arcilla se daña en la rueda ¿qué hace el alfarero sino tomarla y arrojarla a un rincón? Y así pudo haber hecho el grandioso Creador con nosotros; pero, en lugar de hacer eso, Él derrama Su sangre para hacer de nosotros vasijas de honra adecuadas para Su propio uso.

Oh, Hijo de Dios, ¿cómo pudiste inclinarte tan bajo hasta tomar nuestra naturaleza, y en esa naturaleza desangrarte y morir, cuando entre Tú y nosotros había una distancia infinitamente mayor que la que hay entre una hormiga y un querube, o entre una polilla y un arcángel? Sin embargo, sin ninguna obligación de Tu parte, por Tu propia libre voluntad, Tú te entregaste a la muerte por causa de Tu asombroso amor por nosotros.

Otra característica extraordinaria del amor de Cristo fue que nadie Le suplicó para que muriera por su causa. En los otros casos que he mencionado, ustedes recordarán que no se hicieron apelaciones vocales. Los bebés en la cuna no rogaron a su madre que muriera por ellos. No, pero la simple presencia de ellos fue suficiente para que fuera una súplica virtual para su madre. En el caso de la ciudad que moría de la epidemia, ¿podría el cirujano (que sabía que, por un análisis, podría descubrir el secreto del mal), ir por las calles, y ver las puertas marcadas con la cruz fatal, y oír los lamentos de las viudas y de los niños, sin sentir que estaban haciendo las más lastimeras súplicas a su corazón?

Pero el hombre no suplicó a Dios que muriera por él. Nuestro padre Adán (y él era el representante de todos nosotros), no cayó de rodillas en la presencia de Dios, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador. ¡Oh, Dios, a quien he ofendido, dame un Salvador, y líbrame de Tu ira!” Ninguna oración y ni siquiera una confesión brotaron de los labios de Adán; sólo un perverso y malvado intento de echarle la culpa a Dios por su desobediencia: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”. Eso es todo lo que la naturaleza humana normalmente hace; no reconocerá que necesita un Salvador, y no confesará que ha pecado lo suficiente para necesitar de un sacrificio expiatorio; y, consecuentemente, la excusa del hombre podría haber paralizado el amor de Cristo, si hubiera podido lograrlo. Tú no pediste misericordia, no solicitaste una expiación, no deseabas la expiación por tu pecado; sin embargo Jesús vino, sin que se le pidiera, sin que se le deseara, sin que se le buscara, para poner Su vida por los pecadores.

Observen además que Jesucristo muy bien sabía que, si ponía Su vida, no recibiría un amor recíproco de aquellos por quienes moría, a menos que Él mismo creara ese amor. Esto lo ha hecho Él en los corazones de Su propio pueblo; pero, en los corazones de los que han sido dejados a sí mismos, no hay amor para Jesucristo. Aquí, domingo a domingo, es nuestro privilegio predicar a un Salvador moribundo a pecadores moribundos; pero, de todos los temas en el mundo, parece que es el que causa menos impresión en algunos de nuestros oyentes. Si viniéramos aquí, y habláramos de la devoción de Howard que vivió y murió para mejorar las penosas condiciones de los prisioneros en nuestras cárceles, muchos estarían

inclinados a admirar al filántropo; pero, ¡cuán poca admiración siente la mayoría de los hombres por nuestro dulce Dios y Señor! Es una vieja historia, dicen ustedes, y la han escuchado tan a menudo, que les importa muy poco.

Ahora, esa madre que murió para salvar a sus hijos, sintió que ellos la amaban. Cuán a menudo la habían embelesado con sus arrullos y sonrisas mientras descansaban en su pecho, y ella sentía que podía dar con gusto su vida por ellos. Pero nuestro Señor Jesucristo sabía que moría por unos monstruos con corazones de piedra, cuya reciprocidad por Su amor, si dependiera de ellos, sería un completo rechazo. No quieren creer en Él; prefieren confiar en su propia justicia que en la de Él, y quieren tratar de encontrar un camino al cielo por medio de los sacramentos y las ceremonias más bien que por la fe en el sacrificio meritorio que Él hizo, cuando puso Su vida por los pecadores.

Recuerden, también, que nuestro Señor murió a manos de los hombres, habiendo muerto en lugar de ellos. El cirujano de Marsella no murió por los actos de sus conciudadanos. La madre no murió a manos de sus hijos. Curtius, saltando al abismo, no fue forzado a hacerlo por la ira de sus conciudadanos. Al contrario, todos ellos hubiesen estado muy contentos si hubieran continuado viviendo. Pero fue esto lo que hizo que la muerte de Cristo fuera tan tristemente única, porque vino para morir por los hombres que deseaban matarlo. “¡Crucifícale, crucifícale!” gritaban en su loca furia, echando espuma por la boca. “¡Oh!” dirán algunos, “pero yo nunca he dicho eso”. No, no entonces; pero tal vez lo estás diciendo ahora; pues todavía hay muchos que odian el Evangelio de Cristo, y odiar el Evangelio es odiar a Cristo mismo, pues es Su propia esencia y corazón; y rechazar a Cristo, para elegir tu propio placer y postergar tu arrepentimiento, como algunos lo hacen, y vivir en enemistad con Cristo, es casi lo mismo que gritar, “¡Crucifícale!” y viene a ser lo mismo a la larga.

Ustedes saben que, si pudieran estar absolutamente seguros que no hay un Cristo, ni un Dios, ni un cielo, ni un infierno, serían perfectamente felices. Es decir, si pudieran, crucificarían a Cristo, y lo dejarían sin existencia, conjuntamente con todo lo que tenga que ver con Él. Bien, ese

es exactamente el mismo espíritu que llevó a los antiguos judíos a clamar: “¡Crucifícale, crucifícale!”

Además, hubo algo notable acerca de la muerte de Cristo y es que, al morir por nosotros, Él tomó sobre Sí una terrible carga de vergüenza y deshonor, y también entró en una muy íntima conexión con el pecado. No hubo nada vergonzoso acerca del salto de Curtius al abismo; si yo hubiera sido un espectador allí, le habría aplaudido, y gritado: “¡bien hecho, Curtius!” ¿Quién no habría dicho lo mismo? Pero cuando nuestro Señor murió, los hombres le sacaron la lengua, y se burlaron de Él. La Suya fue ciertamente una muerte vergonzosa. Y me parece que cuando esa madre puso a sus bebés en un lugar seguro, y ella se hundió en la corriente furiosa, los ángeles se alegraron a la vez que se entristecieron ante tal acto de heroísmo.

Pero cuando Jesús Se hundió en la impetuosa corriente para salvarnos, ni siquiera Dios mismo Le sonrió. Entre los clamores del Salvador al expirar estaba aquel grito agonizante: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Esto fue porque, como nuestro Representante, había entrado en contacto con el pecado del hombre, y por tanto con la vergüenza del hombre. El justo y santo Hijo de Dios fue hecho maldición por nosotros; o, como nos dice Pablo, Dios “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Todo esto ayuda a manifestarnos el asombroso amor de Cristo, por lo que termino mi sermón haciendo la pregunta, como dice el texto: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros”, ¿hemos conocido ese amor? ¿Lo percibimos? Esa es una pregunta muy sencilla, sin embargo me tomo la libertad de recalcarla ante ustedes. Creo que es Aristóteles el que afirma (y él fue un gran maestro del pensamiento), que es imposible que una persona sepa que es amada sin sentir a cambio algún amor. Pienso que como regla, eso es verdad; por tanto, si realmente conoces que Cristo te ha amado tanto para morir por ti, brotará en tu corazón, de alguna manera, amor por Él. Un domingo por la noche, yo estaba leyendo en Exeter Hall, el himno que comienza:

Jesús, Amante de mi alma.

Y, justo en ese momento, se apareció por casualidad en el salón un hombre de moda, un hombre del mundo, sin preocupación por las cosas espirituales; pero ese verso llegó a su oído:

Jesús, Amante de mi alma.

Él se preguntó: “¿acaso Jesús me ama realmente? ¿Acaso Él es el Amante de mi alma?” y esa línea fue el medio para engendrar amor en su insensato corazón, y en ese instante se sometió al amor de Cristo. Oh, que un resultado así pueda venir de mi repetición de la historia aquí; que algunos que no han amado nunca al Señor Jesucristo hasta este momento, se pregunten: “¿acaso amó Él así a Sus enemigos, los amó tan extrañamente hasta la muerte? Entonces nosotros, aunque hemos sido hasta aquí Sus enemigos, no podemos ser ya más Sus enemigos, sino que lo amaremos en reciprocidad a Su gran amor por nosotros”.

Y ustedes cristianos, que verdaderamente lo aman, si han conocido algo de Su amor, traten de conocerlo aún más, para que puedan amarlo más; y si realmente Lo aman más, traten de mostrar ese amor. Observen el resto del versículo del que es tomado mi texto; no dejé fuera la última parte porque tuviera temor de él, sino porque no contaba con el tiempo para comentarlo como lo merece: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos”. Debemos demostrar nuestro amor a nuestro Dios por medio del amor a nuestro prójimo, y especialmente a nuestros hermanos, y demostrar nuestro amor mediante acciones.

Yo no sé lo que valga el amor de algunas personas que profesan la fe; yo supongo que ellos lo saben, si registran lo que les cuesta en un año. Me temo que no les cuesta tanto dar para su religión como les cuestan sus condecoraciones o algunas insensatas indulgencias. Pagan mejor a sus limpiabotas que a sus ministros, y se cuidan en gastar en ellos mismos, en perfecto desperdicio, cien veces más de lo gastan en la divulgación del Evangelio, en la salvación de los paganos, en ayudar a los pobres, o en el rescate de los caídos. Nosotros no creemos en un cristianismo así, y ciertamente no deseamos practicarlo. Si profesamos ser cristianos, seamos cristianos de hecho, y especialmente mostremos nuestro amor por Cristo amando a nuestros hermanos. Si ven a cualquiera de ellos en una necesidad,



ayúdenles hasta donde se pueda. Si necesitan aliento o consuelo, denles buen aliento y consuelo; pero, si necesitan ayuda monetaria, ayuda financiera, ayúdenles con eso también.

En los antiguos tiempos de persecución, hubo siempre algunas almas nobles que trataban de esconder a los cristianos de los perseguidores que buscaban sus vidas, aunque lo hacían arriesgando sus propias vidas; y muchos cristianos se han entregado a la muerte para salvar las vidas de sus hermanos. Algunas de las personas viejas venían vacilantes ante el juez porque pensaban que no harían tanta falta como los más jóvenes; y, posiblemente, algunos de ellos también pensaron que tenían más fe que la que tenían los más jóvenes; y si tenían más fe, estaban más preparados para morir, y así permitían que los más jóvenes continuaran viviendo hasta que crecieran más en la fe, y en la esperanza y en el amor.

Pero por otro lado, a veces los más jóvenes suavemente hacían a un lado a los padres diciéndoles: “no; ustedes están viejos: ustedes quédense todavía por acá un rato, y enseñen a los jóvenes; pero nosotros los jóvenes, somos fuertes, así que iremos y moriremos por Cristo”. Y hubo muchas contenciones en la Iglesia de Dios, en tiempos de persecución, en relación a quién debía morir primero por Cristo. Todos querían poner sus vidas por sus hermanos. ¿Dónde se ha ido ahora este amor abnegado? Quisiera ver algo de ese amor; inclusive usaría microscopios en mis ojos si supiera que de esa manera pudiera descubrirlo; pero me temo que no podré hacerlo. Vamos, si nos amáramos unos a otros ahora, como los cristianos se amaron en aquel entonces, seríamos el tema de conversación de la ciudad, e inclusive los mundanos dirían: “Ved cómo estos cristianos se aman unos a los otros”. Pero esto es únicamente lo que debemos hacer; por tanto, hermanos y hermanas en Cristo, que sea eso lo que hagamos. ¡Que Dios les ayude a hacerlo, por Cristo nuestro Señor! Amén.



**Nota del traductor:**

(1) Munificencia: Generosidad con magnificencia. [\[volver\]](#)

(2) Marcus Curtius: Héroe legendario de la Roma antigua. Se dice que en 362 antes de Cristo, un golfo profundo se abrió en el Foro, y los oráculos declararon que nunca se cerraría hasta que la posesión más valiosa de Roma fuese lanzada en él. Entonces Marcus Curtius, un joven de familia noble, reconociendo que nada era más precioso que un joven ciudadano valiente, se armó completamente, y a caballo, saltó al abismo, que se cerró inmediatamente. [\[volver\]](#)